



DE LA VERGUENZA.

La vergüenza es una sensación de temor que perturba el ánimo sonrojando el semblante.

Puede decirse que es un término medio entre la desvergüenza y la timidez.

Lo cierto es que la vergüenza se retrata en el semblante de las almas sensibles coloreando las mejillas como de arrebol. Preguntado un día Pythia por una de sus amigas cuál de los colores le parecia más hermoso respondió con gran talento:—*El de la vergüenza.*— ¡Qué sería del hombre sin vergüenza!.. Sería lo mismo que no tener temor á la infamia, y las acciones más vituperables y feas no significarían para él nada absolutamente. Sería un sér desgraciado é indigno del aprecio de los demás hombres.

Diógenes, viendo á un niño ponerse colorado despues de una mala accion, le dió la enhorabuena diciendo:—*Buen ánimo, hijo, que veo en tu semblante el color de la virtud.*

El niño que no se avergüenza de cometer malas acciones, es señal mani-

fiesta de una temible perversidad de costumbres.

Mientras que se asome al rostro la vergüenza, la virtud no ha huido, y hay esperanza de que se enmiende el que cometió una falta; pero el que no siente vergüenza despues de cometer un acto reprobado, no sonrojándose sus mejillas, dá indicios de una perversa educacion y de malas ó rudas costumbres, porque no hay que dudar que la vergüenza se acerca mucho al temor natural que se tiene á aquellas cosas que producen el deshonor.

Solo el hombre goza del gran privilegio de poderse avergonzar de sus faltas, porque solo él sabe lo que es honra. A los animales les guia solo, en sus actos y en sus obras, el instinto, y así solo pueden sentir miedo, pero no vergüenza.

La vergüenza no se presenta jamás en el semblante acostumbrado á la infamia, porque en él no hace impresion aquella hermosa cualidad del hombre pundonoroso que llamamos vergüenza.

La vergüenza se hace mas ostensible en la juventud, porque en esta la piel es mas fina y la sangre mas bermeja, y colorea pronto las mejillas; en los viejos no asoma tan fácilmente al rostro, porque su piel está arrugada, y los vasitos capilares por donde circula la sangre son poco numerosos.

El célebre Sócrates decia que deseaba que los jóvenes tuvieran tres cosas, y eran *sencillez* en el corazon; *silencio* en la boca y *vergüenza* en el rostro, y que los ancianos tuvieran otras tres: *gravedad* en el semblante; *dulzura* en las palabras y *prudencia* en el corazon.

El que no cuida de su buena fama, es que descuida el ejercicio de sus virtudes; el aplicado, el obediente, el honesto, el de buenas costumbres, el religioso y el que cumple con sus deberes, tendrá buena fama y será querido, respetado y amado por todos los que le traten.

Si deseas no sufrir el tormento de avergonzarte, ten presente que tus acciones se han de saber por tus padres, maestros ó personas á quienes tengas algun temor ó causes disgusto, y jamás tendrás motivo de avergonzarte si no haces nunca aquello que pueda causar disgusto á los demás ó á tí mismo.

Cuando falta la vergüenza, empieza la desvergüenza, y cuando hay exce-

so de vergüenza aparece la timidez.

El desvergonzado es semejante al soberbio, y el tímido al pusilánime. El pusilánime huye de los honores aunque los merezca, porque cree no merecerlos; el tímido huye de las acciones honrosas por temor de no poderlas acabar con honra. ¡Hé aquí cuánto importa tener vergüenza!

El desvergonzado es parecido al soberbio: este desprecia los peligros y se espone á cualquier lance; el desvergonzado desprecia la infamia y es capaz de toda accion infame.

El que tenga vergüenza tendrá en-frenados todos los vicios; el que no la tiene, llegará á los vicios y será envidioso, adulador, pródigo, avaro, temerario y cobarde.

El que no obra mal, no tendrá por qué avergonzarse: procurad, pues, no cometer acciones que sean desagradables á los ojos de vuestros padres y mayores, de vuestros maestros, á vosotros mismos y á Dios que todo lo vé, y jamás tendreis que taparos los ojos, ó bajar la vista asomando á vuestro rostro el encendido color que descubre que habeis faltado, y á fin de no teneros que avergonzar, huid de toda ocasion que imprima el mas ligero rubor en vuestro rostro juvenil.

DÍAZ BENITO.

AVE-MARÍA.

Dios te salve, fiel María,
Porque llena eres de gracia:
El Señor Dios es contigo
Y amoroso en tí descansa.
Bendita tú eres, oh Virgen,
Por tu pureza sin mancha,
Entre todas las mujeres
Que han sido y serán creadas.
Y á más bendito es el fruto
De tu vientre y tus entrañas,
Jesús, en Belen nacido,

Gloria y salud de las almas.
Piadosa y Santa María,
Madre de Dios soberana,
Ruega siempre por nosotros
Pecadores, ruega y clama
Con tu amante voz, ahora,
Y en la hora, tan amarga,
De nuestra muerte. ¡Así sea,
Y escucha nuestra plegaria!

ANTONIO ARNAO.



EL NIÑO ENFERMO.

¡Qué tribulación en la familia! La mamá no se separa un momento del lecho de su hijo, no recibe á nadie, no quiere saber nada de nadie, no se ocupa en otra cosa que en observar los menores movimientos de aquel cuerpecito tan débil, que el mas leve airecillo, que el mas ligero descuido puede matar. La hermana mayor abandona sus muñecas, y se convierte en eficaz auxiliar de la mamá; ella trae las medicinas, y consuela á la mamá cuando la vé triste y llorosa, preocupada por la pertinaz dolencia del niño. Así aprende la hermanita para cuando ella sea madre de familia...

Si el enfermito se salva, ¡qué alegría!

La mamá cuenta á todo el mundo que ha sido un milagro que su hijo viva; la hermanita refiere al convaleciente los grandes cuidados y disgustos que por él han pasado la mamá y ella, y el niño empieza á comprender cuánto amor, cuánto agradecimiento debe á la que le ha dado el ser.

Si el niño muere, ¡qué tristeza! nada es comparable al desconsuelo de la madre, y la hermanita inocente la quiere consolar diciéndole que el niño va á volver... y si, al cabo de algun tiempo ocupa la cuna vacía otro niño, otro hermanito, dice la hermanita á su madre:

—¡Ves, mamá, cómo Dios nos ha devuelto á mi hermanito?

VIAJE Á LA ISLA DE LOS PLACERES.

(DE FENELON.)

Despues de haber navegado mucho tiempo en el mar Pacífico, vimos de lejos una isla de azúcar, con montañas de compota, rocas de azúcar candí y de caramelo, y rios de jarabe, que corrían caprichosos por la campiña. Los habitantes, que eran todos muy golosos, lamian los caminos y se chupaban los dedos despues de haberlos mojado en los rios. Habia tambien bosques de regaliz y grandes árboles de los que caian bizcochos, que el viento llevaba á la boca de los viajeros. Como tantos dulces nos parecían empalagosos, quisimos pasar á otro país donde se pudieran encontrar manjares mas succulentos. Nos dijeron que á unas diez leguas habia otra isla con minas de famosos salchichones y todo género de asados, guisados y embutidos. Tambien se encontraban rios de salsa mayonesa. Las paredes de las casas eran de pastelillos en lugar de ladrillos. Llovía vino rancio cuando el tiempo estaba nublado, y en los dias de calor caía del cielo un benéfico rocío, que no era otra cosa que Champagne *frappé*. Para pasar á una isla tan bonita, hicimos colocar en la barca, en el puerto de la de donde queríamos partir, doce hombres, de una dimension enorme, dormidos; soplaban de tal manera roncando, que hincharon las velas perfectamente, y nos hicieron navegar mejor que con el viento mas favorable. Apenas hubimos llegado á la otra isla, encontramos en el muelle vendedores que nos ofrecían barato *buen apetito*, que era muy necesario en un país donde habia tanto que comer. Otros vendían *sueño*, á tanto por hora;

pero lo habia más caro ó más barato, segun la clase de sueño que se queria adquirir. Yo pedí sueño agradable, y en seguida me fuí á acostar. Pero apenas me habia metido en la cama, cuando oí un gran ruido. Tuve miedo y pedí socorro; pero mi temor era infundado, porque no sucedia nada malo, sino que aquella noche, como todas las del año, se entreabria la tierra para echar de sí una enorme cantidad de chocolate á la vainilla y licores de todas clases. Inmediatamente me levanté para tomar mi parte, y en verdad os digo que era cosa deliciosa. En seguida me volví á acostar, y en mi sueño creí ver que todo el mundo era de cristal, que los hombres se alimentaban de perfumes, que andaban bailando y hablaban cantando, que tenían alas para cruzar el cielo y aletas como los pescados para nadar. Pero aquellos hombres eran como piedras de chispa; en cuanto se les tropezaba ardían, y no pude menos de reirme al ver qué fácilmente se enardecían. Quise preguntar á uno de ellos porqué se inflamaban de tal modo, y me contestó, enseñándome los puños, que eran los hombres mas pacíficos del mundo.

Apenas hube despertado, vino un vendedor de apetito á preguntarme de qué deseaba tenerlo, y si queria estómagos para estar comiendo todo el dia. Acepté la proposición, y por mi dinero me dió doce bolsitas de tafetan, que debían servirme como doce estómagos para digerir sin el menor inconveniente doce grandes comidas en un dia. Apenas tomé las doce bolsitas, cuando empecé á sentir un hambre feroz, y

aquel día me administré doce comidas deliciosas. En cuanto acababa una volvía á tener hambre. Pero como tenia aquella hambre canina, se notó que no comia yo con mucha delicadeza, al contrario que la gente del país, que come con una finura y una limpieza admirables. Por la noche, cansado ya de haber estado todo el día comiendo, como un caballo atado al pesebre, tomé la resolución de hacer todo lo contrario el día siguiente y no alimentarme mas que de buenos olores. Diéronme de almorzar flor de naranja, para comer rosas y claveles, y por la noche hice una frugal colacion de violetas. Pero tomé una indigestion como para mí solo. El siguiente día tuve que estar á dieta para descansar de las fatigas de los dos días anteriores.

Me dijeron que en aquel país habia un pueblo singular, y me prometieron llevarme en un coche desconocido para mí. Colocáronme en una silla de madera muy ligera y guarnecida de grandes plumas, y ataron á esta silla con cordones de seda cuatro grandes pajarracos, del tamaño de avestruces, que tenian alas proporcionadas á la dimension de su cuerpo. En seguida levantaron el vuelo, y los conduje hácia Oriente como me habian indicado. Veia á mis piés las altas montañas, y volábamos tan rápidamente, que casi me faltaba el aliento al atravesar el espacio á tanta altura. En una hora llegamos á aquel pueblo tan famoso; todo él era de mármol, y tres veces mas grande que París. Todo el pueblo era una sola casa. Tenia venticuatro patios y cada uno era mayor que el palacio mas grande del mundo. En medio de aquellos veinticuatro patios habia otro seis veces mas grande que cada uno de los otros. To-

das las habitaciones de aquel pueblo eran iguales, porque no habia ninguna desigualdad de condicion entre aquellos habitantes. Allí no habia pueblo bajo ni criados; cada uno se servia á sí mismo y ninguno servia á otro. Solamente habia unos llamados *deseos*, espíritus foletos y volátiles, que daban á cada cual lo que deseaba. Al llegar yo, se unió á mí uno de estos singulares servidores que no me dejó carecer de nada: apenas me daba tiempo de desear algo. Ya empezaba yo á fatigarme de los nuevos deseos que aquella facilidad excitaba en mí, y comprendí por experiencia que mas valia pasarse sin las cosas supérfluas que estar siempre rodeado de nuevos deseos, sin poder gozar nunca tranquilamente de ningun placer. Los habitantes eran muy cortesés y obsequiosos, y me recibieron con la mayor amabilidad del mundo. En cuanto iba á hablar adivinaban lo que deseaba, y me lo procuraban sin mas explicaciones. Esto me sorprendió, y noté que ellos no se hablaban jamás, no porque estuvieran enfadados, sino porque leian los unos en los ojos de los otros todo lo que pensaban como se lee en un libro, y cuando quería ocultar sus pensamientos no tenian mas que cerrar los ojos. Me llevaron luego á una sala donde habia una música de perfumes. Allí concertaban los perfumes como nosotros concertamos los sonidos.

Aquella reunion de perfumes, los unos mas fuertes, los otros mas dulces, componen una armonía que halaga el olfato como nuestros conciertos halagan el oido con sonidos así graves como agudos. En aquel país las mujeres gobernaban á los hombres, juzgaban los procesos, enseñaban las ciencias é iban

á la guerra. Los hombres se arreglaban y componian de la mañana á la noche; á ratos hilaban, cosian, bordaban, y siempre estaban sometidos á sus mujeres, temerosos de que estas los maltratasen si las desobedecian. Parece que años atrás no sucedia lo mismo, pero los hombres acostumbrados á satisfacer sus deseos, llegaron á ser tan cobardes, perezosos é ignorantes, que á las mujeres les dió vergüenza dejarse dominar por ellos, y se reunieron y concertaron para remediar los males de la república. Abrieron escuelas públicas en las que estudiaron los niños del uno y del otro sexo, que tenían buena disposicion para ello. Desarmaron á sus maridos, que se quedaron muy satisfechos con no tener que ir á combatir; les quitaron la facultad de juzgar los procesos, velaron por el orden público, establecieron leyes, las

hicieron observar, y así salvaron al país de los males de la indolencia y la anarquía, porque entregado á la holgazanería, á la ligereza y á la molicie de los hombres, se hubiera arruinado totalmente.

Considerando aquel espectáculo y fatigado de tantos festines, regocijos y placeres, me convencí de que los placeres de los sentidos, por variados, por fáciles que sean, envilecen al hombre y no le hacen dichoso. Alejeme, pues, de aquellas comarcas, en la apariencia tan deliciosas, y de vuelta en mi hogar encontré en una vida sóbria, en un trabajo moderado, en las costumbres puras, en la práctica de la virtud y en el amor al prójimo, la felicidad y la salud que no habia podido proporcionarme la variedad de los mas codiciados y en-carecidos placeres.

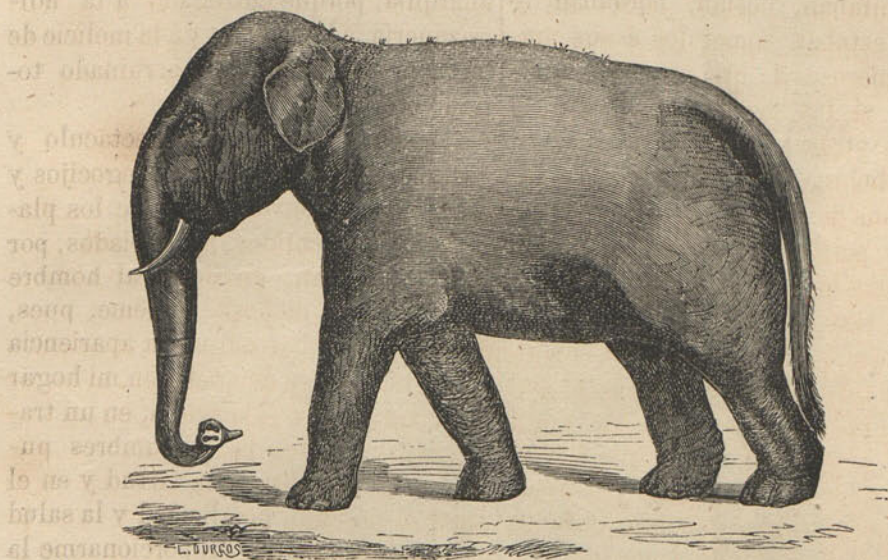
EL ÁRBOL QUE CIEGA. (1)

De oscuro y triste ramaje
sin fragancia y sin aroma,
un árbol se alza en el llano
y el viento agita sus hojas.
Es en la cuna del mundo
en donde presta su sombra,
y un ardiente y claro sol
es de su cima corona.
La savia que le alimenta,
que es su sangre bienhechora,
en tormento doloroso

para los hombres se torna.
Al esparcirse en el aire,
cuando sus ramas se cortan,
de la vista el claro brillo
hiere con mano alevosa,
y en una noche sin límites
nos lanza y nos abandona.
¡Ay! Como el árbol que ciega
son las esperanzas todas,
deseadas cuando lejanas
al tocarlas se malogran,
risueñas en lontananza,
en amargas se tornan.

(1) Es un árbol de las Molucas, llamado por los botánicos *Excæcaria agallocha*.

HISTORIA NATURAL.



EL ELEFANTE.

Los elefantes forman en la clase de los mamíferos un grupo natural, del cual no existen ya mas que dos especies, la una en Africa y la otra en la India, donde sirven como animales domésticos.

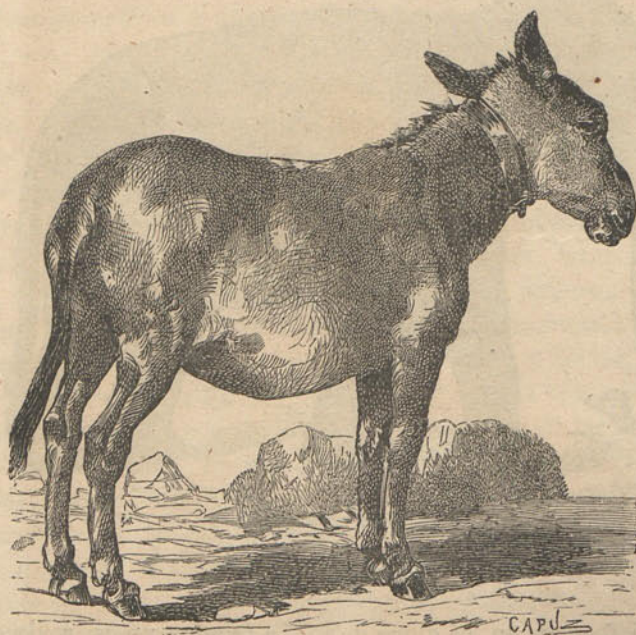
El elefante tiene una dimension enorme; su cabeza es muy voluminosa, y su mandíbula superior está armada de dos largos dientes incisivos que le sirven de defensa. Sus orejas son grandes y delgadas, y sus ojos son proporcionalmente muy pequeños. Pero lo que distingue entre todos á estos animales es un apéndice carnoso, movable en todos sentidos colocado sobre el lábio superior, y que les permite coger del suelo todos los objetos, y por su fuerza muscular constituye un arma poderosa, con la cual el elefante puede defenderse de gran número de enemigos.

La trompa no es realmente mas que una prolongacion del aparato nasal. Los dos tubos de las narices la atraviesan en toda su longitud, y de ellos se sirve el animal para beber.

Una cantidad en extremo considerable de músculos entra en la construccion de la parte carnosa de la trompa, y contribuye á darle tanta flexibilidad. Cuvier calcula que no son menos de cuarenta mil los músculos que entran en la composicion de aquel órgano, tan precioso para estos singulares cuadrúpedos.

El elefante es uno de los animales más inteligentes, sino el más inteligente, que Dios ha criado. No hace daño sino cuando se le provoca, y ha dado muchos ejemplos de fidelidad á sus dueños, y de afecto á otros animales, particularmente á los perros. Su honestidad excede á toda ponderacion.

HISTORIA NATURAL.



EL ASNO.

El asno (*Equus asinus*), es menos fuerte y menos gracioso y bizarro que el caballo; pero es un animal sufrido, y bondadoso y de gran utilidad, tanto por su sobriedad, como porque su precio ínfimo le hace accesible á los pobres.

Cuando veais, niños, un asno flaco, estropeado, viejo, no os burleis de él, y libraos bien de maltratarlo, porque aquel pobre animalito habrá ganado la subsistencia de alguna familia, habrá sido el único medio de trabajo de algun padre que, sin él, hubiera muerto de miseria abrazado á sus hijos.

No es el asno un animal bonito, ni muy inteligente en general, pero se le puede dispensar estas faltas en gracia de su humildad, de su modestia,

de su fortaleza para el sufrimiento.

Cuando veais á un hombre maltratar al pobre borriquillo que le ayuda á ganar el sustento, bien podeis creer que aquel hombre no tiene buen corazon.

El asno parece originario de Oriente, y se encuentra en la region del Nilo un tipo de animal salvaje del que parece debe descender. En Oriente y en el Norte de Africa, es donde mas se emplea á tan útil animal.

Sobre un asno hizo Nuestro Señor Jesucristo su entrada en Jerusalem el Domingo de Ramos.

Esta circunstancia basta para que no mireis con desprecio al humilde y sufrido animal, que tanto ayuda al trabajo al hombre.



—Aquí nos van á matar, dijo Papilloni á su mujer, etc.—Pág. 91.

LO QUE PUEDE UNA MUJER.

(CONTINUACION.)

Papilloni y su mujer suspiraron al ver aquel cartel, y temieron que tuviese funestos resultados la imprudencia de haber hecho creer al público que iba á ver bailando á Apolo de Belvedere con la Venus de Milo.

—Malo me siento, dijo el intrépido

Papilloni cuando vió de cerca la litografía con que el bueno del empresario habia querido fijar la atencion del público y hacerle desear conocer á tan interesante pareja.

—Y yo tambien, contestó la amable signora.

—¿A quién se le ocurre pintarnos antes de habernos visto?... Estos americanos son particulares...

—Hijo, lo que es eso... así éramos nosotros en mejores tiempos.

—Es verdad, cualquiera cree que dos artistas coreográficos son así. En fin, suceda lo que Dios quiera.

Cuando llegaron al *hótel*, allí estaba esperándolos ya el empresario muy puesto de frá, guantes blancos, y el pelo rizado, que no era para menos la circunstancia.

Al verlos entrar, creyó el hombre buenamente que aquellas dos figuras anti-artísticas, eran simplemente el secretario y la camarera de la famosa pareja, y que esta vendría detrás.

—¿Y los señores? les preguntó lleno de curiosidad.

—¿Qué señores?... preguntó á su vez el famoso bailarín.

—Los artistas.

—Los artistas, dijo Papilloni, los artistas... somos nosotros, servidores de usted.

Si una granada rellena de metralla hubiese reventado en aquel instante á los piés del empresario, no hubiera sido tan grande la sorpresa, tan profundo el asombro del infeliz, como cuando oyó de lábios de aquel paja larga, que los artistas eran este y su voluminosa compañera.

—¿Ustedes?... preguntó el hombre, con desconsolado acento, no atreviéndose todavía á dar crédito al bailarín.

—Nosotros, sí, señor, dijo la esposa.

—¿Pero Vds. bailan?...

—Sí señor, bailamos, desde chiquitos bailamos, mi abuelo era bailarín; mi padre mímico, mi madre figuranta; el padre de mi esposa era primer bailarín de carácter anciano, su hermano

es aun acróbata, bailarín de alambre y cuerda floja ó tirante...

—Pero señores...

—Puede decirse, continuó Papilloni, que hemos nacido en las tablas... á los cinco años ya tomábamos parte en los bailables de las óperas mas célebres. Hemos recorrido todos los teatros del mundo, la Scala, Covent Garden, el Circo de Madrid, la Grande ópera de París, y ahora, escriturados por V. nos presentaremos ante el ilustrado público americano y daremos la despedida á la escena, volviendo despues á la vida privada, estableciéndonos en Francia, porque á aquel pueblo inteligente le debemos nuestros mejores triunfos.

—Pues señor, murmuró el empresario, será que yo no lo entiendo, pero yo creía...

—Háganos V. las observaciones que tenga por conveniente.

—Yo creía... en fin, lo diré, yo creía que un bailarín debía tener una figura... vamos, una figura... y que una bailarina, digo, una artista, que ha de representar hadas y sálfides, debía ser...

—Acabe V., caballero; explíquese usted, dijo la artista, que ya sabia lo que no sabia cómo decir el bueno del empresario.

—Pues digo... me parece que Vds. no tienen todas aquellas condiciones precisas en artistas que han de presentarse al público...

—¡Caballero! dijo Papilloni, poniéndose sério, es decir, más feo de lo que era naturalmente, sepa V. que nuestra reputacion está muy bien sentada.

—Sí, sí, por esa reputacion he contratado á Vds., pero francamente, yo no podia sospechar que V. era tan flaco y su señora tan gruesa. ¿Han sido ustedes siempre así?...

—No, señor; es verdad que yo no estoy muy metido en carnes que se diga, pero un artista de experiencia suple esta falta, y cuando se presenta al público ya se ha reformado, adicionado, corregido, enmendado y arreglado convenientemente.

—Convengo en ello, aunque hay ciertas faltas que no se pueden corregir, añadió el empresario, mirando á la enorme nariz de su artista; convengo en que con muelles y algodón podrá usted reformarse, aunque no sin riesgo de un percance en la escena, pero dígame V., señor de Papilloni, la señora, que es tan gruesa, ¿cómo se corrige, enmienda, encoge y desfigura?...

—Caballero, esta conversacion es inútil, observó la *signora* con visible mal humor. Nosotros hemos sido contratados por V. para bailar en su teatro, mediante una cantidad que hemos de cobrar anticipadamente, y aquí estamos dispuestos á cumplir la escritura, en la que no hay ninguna cláusula que nos obligue á estar gordos ó flacos... y me parece que no hay más que hablar: ¿no es verdad, Ernesto? añadió interrogando á su marido.

—Así es, contestó el *signor* Ernesto, tú has puesto la cuestion en su verdadero punto.

—Tienen Vds. razon, dijo el empresario, y toda la culpa es mia, que los he escriturado por cartas y no personalmente; bien que en este caso, de ningun modo me veria en semejantes trabajos, porque me hubiera librado bien de hacer el ajuste.

—Los documentos están en regla.

—Sí, sí, y no me vuelvo atrás, porque Vds. ganarian el litigio, si yo lo intentara. Aquí tienen Vds. su dinero, segun el contrato, y mañana la prime-

ra representacion de *El lago de las hadas*.

—¿Tiene V. buen cuerpo de baile?

—¡Oh! sí, señores: en el cuerpo de baile que tengo en mi teatro no hay cuerpos como los de Vds., pero es un buen cuerpo de baile.

—No lo dudamos. Pues por la mañana haremos un ensayo general, para las entradas y las salidas, porque por lo demás el *Lago de las hadas* nos lo sabemos de memoria.

La noche de la representacion, el teatro estaba lleno; el público, atraído por la reputacion europea de la pareja Papilloni, pagó los asientos á precio de oro.

Cuando apareció la infeliz pareja se levantó en la sala un murmullo de admiracion.

Y era natural: nadie podia figurarse un bailarín tan flaco y una bailarina tan gruesa.

El público quedó sorprendido y sin saber qué hacer; pero pasado el primer momento de sorpresa, empezó un rumor sordo, que se convirtió en deshecha tormenta cuando uno de los espectadores, no pudiéndose contener, soltó una tremenda carcajada.

—Aquí nos van á matar, dijo Papilloni á su mujer, al mismo tiempo que la miraba con mucha gracia, haciendo un paso de los de mayor lucimiento.

Y en efecto, no los mataron; pero se alzó tal tormenta de voces, carcajadas y silbidos, que el teatro parecia propiamente una plaza de toros, y la pareja Papilloni se turbó de tal manera, que aquello no era bailar como en los tiempos de su apogeo artístico, sino brincar, saltar y hacer todo género de contorsiones, tanto más ridículas, cuanto más graciosas querian hacerlas.

El éxito fué completo. A los espectadores todos les dolían las mandíbulas cuando salieron del teatro, á fuerza de reír, y Papilloni y su mujer se retiraron al *hotel*, persuadidos de que el talento del artista célebre consiste en saber retirarse á tiempo.

El abono para las funciones que habían de dar los esposos era muy considerable, y además el público, harto cruel, sabiendo que viéndolos bailar se pasaba un rato divertidísimo, llenaba todas las noches el coliseo, y los pobres se vieron en el terrible trance de sufrir algunas noches las burlas y carcajadas de los espectadores.

Terminado su compromiso, que no fué mal compromiso, embarcáronse para Europa, trayendo una enorme cantidad, con la que podían pasar holgadamente, si tenían orden y arreglo, el resto de sus días.

Pero en el mar les esperaba otra borrasca más imponente que la del teatro, y el buque, con todos los equipajes, se perdió, sepultándose así en el fondo del embravecido mar el talego de onzas de los esposos Papilloni, que milagrosamente pudieron salvar sus personas, saltando á una barca, y flotando á merced de los vientos y las olas dos mortales días, hasta que los recogió un buque á su bordo.

Volvieron, pues, á Francia pobres y estropeados, y Papilloni se puso á enseñar los bailes de sociedad, *por principios*, y así vino á ser profesor de esa *asignatura* en el colegio de Bayona donde se educaba Rosita, mientras la malograda artista tenía en la estación del ferro-carril un despacho de periódicos y libros.

(Se continuará.)

HISTORIA DE UNA AGUJA

CONTADA POR ELLA MISMA.

(Continuación.)

VIII.

EL ORO EN LAS TINIEBLAS.

El día siguiente estuve muy ocupada, con gran asombro mío. Juanita, que se levantó muy temprano, se sentó en una banqueta cerca de la ventana, cuyas cortinas alzó para tener mas luz. Sacó de su bolsillo un papel que contenía un bonito hilo de oro, regalo que su amiga Rosa le había hecho el día anterior. Sacóme, pues, de la cesta de labor, y comencé á correr de un lado á otro sobre un pedazo de paño negro, muy graciosamente cortado. Se trataba de cubrir las orillas de aquel paño con

un hermoso bordado. No podía explicarme aquella inusitada aplicación de mi voluble dueña. ¿Era aquella la misma niña tan torpe y descuidada cuando se trataba de hacer un dobladillo en el pañuelo de la mamá?... Pronto pude comprender el enigma, en ocasión de acercarse la mamá á examinar el trabajo de su hija.

—Mamá, mamá, le dijo esta muy alegre; mira, ¡qué bonito limpiaplumas estoy bordando para Jorge! ¿Le gustará?

—Ya lo creo, porque es muy bonito. Así me gusta á mí, que mi Juanita se acuerde de su hermano Jorge.

Y al mismo tiempo abrazó la buena madre á su hija y la besó con la mayor ternura.

Todo el día estuvo la sala convertida en taller; Juanita hablaba, cortaba y bordaba; su madre estaba ocupada en empaquetar con cuidado objetos frágiles en un cofre de metal que tenía la forma de una maleta.

El que hacía que este trabajo fuera mas largo y pesado de lo que debía ser, era el travieso Pepito que, á pretexto de ayudar á su madre, extraviaba los papeles, hacía nudos en las cintas y dejaba caer los paquetes. También Juanita distraía á su madre, viniendo cada cuarto de hora á tirarle del vestido, diciéndola:

—Mamá, mamá, ¿vá bien el bordado?

—Sí, hija mia, sí; pero déjame, que tengo que acabar esto antes de almorzar.

Un instante despues volvía la niña.

—Mamá, mamá, ¿quieres que le ponga un cordoncito azul junto al hilo de oro?

—Sí, hija mia, estará muy bien.

—O verde y rosa, ¿no te parece?

—Sí, sí, también estará muy bien.

—Tú dices siempre lo mismo; si á Jorge no le gusta, tú vas á tener la culpa.

Al fin se acabó de llenar la caja de metal, y cuando llegó la hora del almuerzo, vino un mozo, y cargando la caja sobre sus hombros, se la llevó.

—¡Oh, qué brillante metal! exclamé yo cuando quedé sola con mis amigos el Dedal y la Tijera; esa caja parece de plata.

—¡De plata!..... repitió la Tijera; nuestro sábio compañero el Dedal se escandalizará de que se tome por

plata lo que es simplemente estaño.

—De ninguna manera, dijo el Dedal con su acostumbrada afabilidad. Si la utilidad de un metal es la que le dá valor á los ojos del hombre, ¿qué metal puede estar mas orgulloso que el estaño? Inglaterra le debe su primera celebridad. Mucho antes de que su bandera ondease en los mares lejanos, cuando aún no tenía por campo mas que bosques y bárbaros por habitantes, los fenicios abandonaron el Asia para ir á Inglaterra á recoger ese metal en que tanto abunda y que aún hoy constituye su riqueza y su gloria.

—Sí, ya me acuerdo, observé, que el estaño unido al mercurio forma la amalgama que se aplica á los cristales para hacer espejos.

—No es solo el mercurio el metal que puede amalgamarse con el estaño. Mezclado con el cobre, forma el bronce, de que se hacen todos esos objetos que adornan las habitaciones sobre los mármoles de las cómodas y las chimeneas, y otros muchos. El estaño, tan útil al pobre, sirve para componer los utensilios de cocina, es decir, para aislar, por medio de una capa de ese metal fundido, el cobre de que están hechos dichos utensilios. Y si no fuera así, habría muchos envenenamientos.

—¡Envenenamientos! repetí yo con asombro.

—Sí, más de una muerte habrá habido porque la capa de estaño había desaparecido de una cacerola por la acción del fuego y el uso. Sucede entonces que el cobre, no estando protegido por la capa de estaño, se cubre de un orin verde, llamado eardenillo, que es un veneno violentísimo.

—Sí, dijo la Tijera, en tono de suficiencia, y por eso la mamá de los niños

tuvo tanto miedo cuando sorprendió á Pepito con una pieza de dos cuartos en la boca.

—Los niños dán muchos de esos sustos á sus madres. No reflexionan...

Al llegar aquí en nuestra conversacion, la interrumpimos, por haber visto entrar á la dueña de la casa, acompañada de su marido. Aun no habia yo visto á éste, porque estaba viajando cuando yo entré en la casa. Era un hombre alto, pálido y delgado. En su nublada frente se adivinaban sus enojos. Una activa llama brillaba en sus ojos inteligentes, pero habia en ellos tristeza y ansiedad. Ni la ternura de su mujer, ni la alegría de sus hijos, que jugueteaban alrededor, pudieron desarrugar su ceño. Dió dos ó tres vueltas, fué de la puerta á la ventana, de la ventana á la chimenea, y despues, sin decir una palabra, tomó el sombrero y salió.

—Estoy seguro, dijo el Dedal, de que ese hombre tiene alguna gran pesadumbre.

—Seguramente, dijo la Tijera, porque otras veces le he visto jugar y reirse con sus hijos, como si él mismo hubiera vuelto á la edad y á la alegría de la infancia.

—¡Ah! exclamó el Dedal, tambien los hombres están sujetos á duras pruebas; más pesados son para ellos los disgustos, que para nosotros el martillo de hierro, y mas abrasadoras sus penas, que para nosotros el fuego del horno.

Esta juiciosa reflexion la hallé la misma noche de aquel dia completamente justificada. Cuando la luz artificial sustituyó á la natural, y se cerraron las ventanas, y los niños fueron enviados á acostar, Eduardo y su mujer se sentaron juntos en el divan, sin

duda para conferenciar sobre asuntos graves. No copiaré toda su conversacion, pues hablando en voz baja, solo pude oir algunas palabras. La frase *ruina* fué pronunciada muchas veces con voz sombría por Eduardo, y cada vez se ponía más pálido el dulce semblante de la buena compañera de aquel hombre. Pero lo que oí, y de que me acordaré toda mi vida, fué la respuesta sencilla, resignada y valerosa de aquella mujer.

—¡La ruina! ¡la pobreza! repetia Eduardo, casi llorando de desesperacion.

—Amigo mio, dijo su mujer, hay mas duras pruebas, mas terribles pesadumbres que la pobreza. La pobreza nos unirá más estrechamente. Cabaña ó boardilla, ¿qué me importa, si veo á mi lado á mi marido y á mis hijos? ¡Mis hijos! En lo sucesivo yo sola cuidaré de ellos. ¡Pobre Carlitos mio,— ya recordará el lector que este es el nombre del mas chiquito,— no te mecerán otros brazos que los mios! Ya verás, Eduardo, cómo te sorprende verme tan mujer de mi casa, y con qué poco trabajo reinan en ella la abundancia, el orden y la limpieza.

—¡Oh! pensé yo, mirando á aquella buena é interesante señora; en verdad que la virtud en la afliccion, es como el oro en las tinieblas, que brilla con mas vivo resplandor.

Eduardo sintió la influencia de aquel amable consuelo, y pareció cobrar ánimo.

—Despues de todo, dijo dando un suspiro, puede que no lleguemos á tal extremo. Todo podria arreglarse todavía. Para conjurar la crisis, para rehacerme me bastaria tener unos cuantos miles... Un amigo, un verdadero

amigo que yo tuviera me salvaria.

—Mateo, murmuró tímidamente la señora.

Este nombre causó cierta impresion en Eduardo.

—Ya he pensado yo en él, dijo; es muy rico, y es primo nuestro. Además, Jorge es su ahijado; pero...

Y miró fijamente á su mujer.

—Pero... continuó, estamos reñidos con él; hace dos años que no nos hemos visto. Jamás me atreveria á escribirle.

La mujer de Eduardo se levantó y apoyó su mano en el brazo de su marido.

—Eduardo, esposo mio, es preciso hacerlo, si no por nosotros, por nuestros hijos. Acaso nos niegue el dinero, pero podrá hacer algo por Jorge.

Eduardo se dejó caer sobre un sillón.

—Me parece, añadió su mujer, que no hay tiempo que perder. Veamos, hoy es jueves; escribiendo hoy á Sevilla, podemos tener contestacion el sábado ó domingo. Eduardo, todo depende de esa carta; es preciso escribirle hoy mismo.

Advertí que costaba mucho á Eduardo acceder á las súplicas de su mujer. Algunas palabras que pronunció me

hicieron saber que la culpa de aquella mala inteligencia con su pariente habia sido toda suya. ¡Cuánta paciencia! ¡qué fuerza de persuasion, qué insinuante elocuencia necesitó la buena señora para domeñar aquella alma altiva, aquel carácter firme que no queria ceder á pedir un favor á un pariente ofendido. Y luego, cuando ya se decidió Eduardo á escribir, ¡con qué tino, con qué delicadeza la buena mujer le hacia modificar las frases, suavizar las unas, acentuar las otras, y dar á todas el carácter que convenia á la penosa situacion en que se hallaba su marido! Más de una vez se secó la tinta en la pluma; más de una vez rompió el papel y tomó otro, y lo rompió tambien, y otro luego, y luego otro. A fuerza de bondad, de paciencia, de dulzura, la señora de Eduardo triunfó de todo, y éste escribió la carta.

Cuando la buena madre se quedó sola, juntó las manos, elevó la mirada al cielo, y gruesas lágrimas se deslizaron silenciosamente por sus pálidas mejillas.

—Debemos hacer, dijo, todo lo que sea posible. El corazon de los hombres está en las manos de Dios. Dios quiera tocar el corazon del hombre de quien depende nuestra salvacion.

(Se continuará)

A MARÍA SANTÍSIMA.

Salve, Virgen de amor, Virgen María;
Bendita para siempre tu pureza;
Desde el monton de la miseria mia
Celebro tu poder y tu grandeza:
Bendita para siempre la que un dia
Quebrantó de la sierpe la cabeza:
Al pensar en tu amor, pienso en tu cielo,
Y, Madre de mi alma, me consuelo.

Enfermo estoy, Señora, hace ocho años;
Ocho años que del mundo estoy aparte;
Ocho qué, herido por tan duros daños,
Virgen mia, no puedo yo vengarte
De aquellos que, á tu ley y amor extraños,
Lengua tienen no más para injuriarte,
Y niegan, Madre mia, que Tú eres
La más pura entre todas las mujeres.

¡Qué desgraciados son y qué blasfemos,
Aquellos que, negando tu existencia,
No vén que otro recurso no tenemos
En nuestra adversidad que tu clemencia!
Bajo tu manto azul nos acogemos,
Embalsamado con divina esencia,
Y su calor nuestros dolores calma
Y dá vigor al corazon y al alma.

¡Ay! Nada puedo hacer, Reina y Señora,
Nada más que llorar conforme lloro,
Y al oír una lengua mofadora,
Exclamar: «¡Madre mía, yo te adoro!»
Acaso pronto sonará la hora
En que, saliendo del celeste coro
Tu voz, voz poderosa y sin segunda,
A todos los blasfemos los confunda.

¡Qué fuera sin Ti el mundo, Madre mia?
Un desierto arenal, campo sin flores;
Tú repartes la vida y la alegría,
Tú inspiras la esperanza y los amores,
A Ti su rezo el corazon envía,
Y Tú, Señora, calmas sus dolores.
¡Madre que con tus hijos te recreas,
Madre del corazon, bendita seas!!

Bendita Tú mil veces, porque eres
De todas las mujeres la más pura,
Y bendita entre todas las mujeres
Te proclamó el Señor desde su altura.
¡Inagotable Fuente de placeres,
Arbol hermoso de eternal verdura,
De las vírgenes Reina, Casa de oro,
Madre del corazon, cuánto te adoro!!

NARCISO SERRA.



Pepito se ha empeñado en ser el general, porque tiene caballo; los demás no miran con muy buenos ojos este abuso de autoridad, y si no fuera porque Pepito es *muy hombre* y lo bastante largo de manos para castigar á los soldados de su ejército, ya habria habido un disgusto.

De todos modos, el general está muy descontento de sus soldados, porque son torpes para hacer las evoluciones que manda, y le preocupa mucho por la visualidad y buen orden de la tropa, el empeño que tiene Rosita de formar llevando á la muñeca de la mano.

Milagro será que la fiesta acabe en paz, y que no se disuelva el ejército, yéndose cada soldado á llorar por su lado, echando la culpa al general, que sufrirá una fuerte reprimenda del monarca, es decir, del papá.